

Hémoslo detenido un tanto á hablar de la divina monja porque así lo reclama el interés que ella inspira, como se detiene el caminante por noche tenebrosa á contemplar el astro rey, que, rasgando las densas brumas, despeja el horizonte y asciende majestuoso á producir el día.

Sor Juana Inés de la Cruz resume todo lo que la Nueva España pudiera reivindicar como legítima gloria literaria, y ante ella se borran y desaparecen cuantos literatos contó la colonia, como palidecen las estrellas á la aparición de Diana en plena luz.

En tan profundo decaimiento encontró á España el siglo XVIII, como si, cansada de haber dominado al mundo, sola contra todos, por agotamiento de fuerzas cayera abrumada bajo el peso de su grandeza propia;



D. Juan Ruiz de Alarcón

que todo el nobilísimo empeño de los tres Borbones, de Felipe V al vencedor de Bitonto, no fué parte á levantarla de su incurable postración.

Esos tres Borbones, y de ellos el gran Carlos III muy principalmente, conquistaron de sobra el derecho á la gratitud del pueblo español y al aplauso de la Historia; mas frustrada su labor, irrealizados sus ideales, sólo han dejado esta gran enseñanza: que no depende de la voluntad ni de la acción tesonera de un Jefe de Estado cambiar los destinos que la ley de la lógica tiene decretados á un pueblo. El presente es y será siempre la fatal resultante del pasado.

La liberal política de esos tres Borbones encaminábase á afianzar los cimientos en que reposaba la monarquía española, rudamente trabajados, quizá más por las intrigas domésticas que por contiendas con el exterior, y, entre tanto, hallaban fácil acceso á las colonias las ideas modernas, que, minando al mundo antiguo, pronto habrían de derrumbarlo.

La filosofía del siglo penetraba por los puertos de la que se llamara América de España, ora de contrabando, ya hasta en los objetos mismos del comercio lícito; en las modas, en los usos y costumbres que viajeros, emigrantes ó funcionarios traían allende el Atlántico.

Nuevas ideas políticas fueron penetrando ó surgiendo en las conciencias, manifestándose aspiraciones hasta entonces, si preexistentes, solapadas, y esbozándose nuevas formas de existencia, á lo que contribuyó no poco el profético informe y plan de gobierno de las colonias del profundo y luminoso estadista Conde de Aranda.

En la Nueva España ya nadie se cura de poesía ni de ociosas literaturas. Otros sentimientos preocupan los ánimos: presienten la lucha de lo que va á venir contra lo existente, y en esta hondísima é inquietante gestación del futuro inmediato, sobrevienen acontecimientos que abrevian la etapa.

Muere Carlos III y adviene su desacertado hijo, y con él un período de bajas intrigas y de corrupciones, tan sólo comparables á las del reinado del postrero de los Austrias, que hacen de la Nueva España obsequio de virreyes, aptos únicamente para bastardear el prestigio del poder, pero útiles, altamente provechosos, para la gran causa que va á surgir: la emancipación de la colonia.

No sin razón el nombre de Carlos parece haber quedado abolido en la sucesión de la monarquía española.

II

ELEMENTOS GENERADORES DE LA LITERATURA MEXICANA. SU DESARROLLO Y PROGRESOS

El grito de Independencia lanzado por el padre Hidalgo desde el rincón de Dolores, corrió como estremecimiento plutónico por toda la extensión de la ya intranquila Nueva España.

Los conceptos balbutidos por el licenciado Verdad, en medio del escándalo que su inaudita temeridad provocara, que la Santa Inquisición hizo pagarle con estrecho calabozo y misteriosa muerte, eran proclamados ahora con la franqueza y bravura de un reto de combate. La soberanía popular, la emancipación del señorío de España, la constitución de un gobierno doméstico, con participación de todo lo apto, sin irritantes exclusiones, el derecho de igualdad hasta para con la misma antigua dominadora; en una palabra, la reivindicación por parte de la colonia de los atributos inherentes á una autonomía nacional, dieron vida á vocablos nuevos, no oídos hasta ahí, cuya acepción propia no habría de quedar definida sino después de realizado su sentido, y que, no obstante que correspondieran á ideas aun confusamente concebidas, no por eso dejaban de suscitar en los cerebros nuevas direcciones de lucubración intelectual.

El manifiesto del padre Hidalgo, refutando los anatemas que el alto clero fulminara contra la insurrección, sus proclamas y las de sus heroicos tenientes, sonaban informadas en un nuevo lenguaje; y estos documentos, los más de ellos fugaces, mal conservados en la memoria de aquellos á quienes iban dirigidos, constituyeron la simiente de una literatura llamada á germinar en suelo diverso del en que los hombres de letras de la colonia habían solido cultivarlas.

La vida de campamento con su desborde de expansiones, con sus exuberantes entusiasmos, con sus anhelos de combate para alcanzar la vislumbrada victoria; la comunidad de regocijos por el éxito ganado ó en perspectiva, la comunidad de tristezas por la muerte de los compañeros en la lid ó prisioneros, que aquella guerra se hacía á bandera negra y sin cuartel, todo esto debió necesariamente inspirar, é inspiró, en efecto, á espíritus, no por incultos carentes de cierto don poético, cantos ya alegres ó entusiastas, ya melancólicos y doloridos, que surgían de improviso al resplandor de las fogatas del vivaque, en el alto de una etapa ó en la vigilia de las guardias. Y estos cantos, hijos de una inspiración tan ruda como espontánea, desajustados á los preceptos del arte, eran, sin embargo, poesía, y poesía en lo que la divina Musa tiene de sincero, de ingenuo y sencillo, como es perfume el de la flor silvestre, y canto, el del pájaro en la espesura.

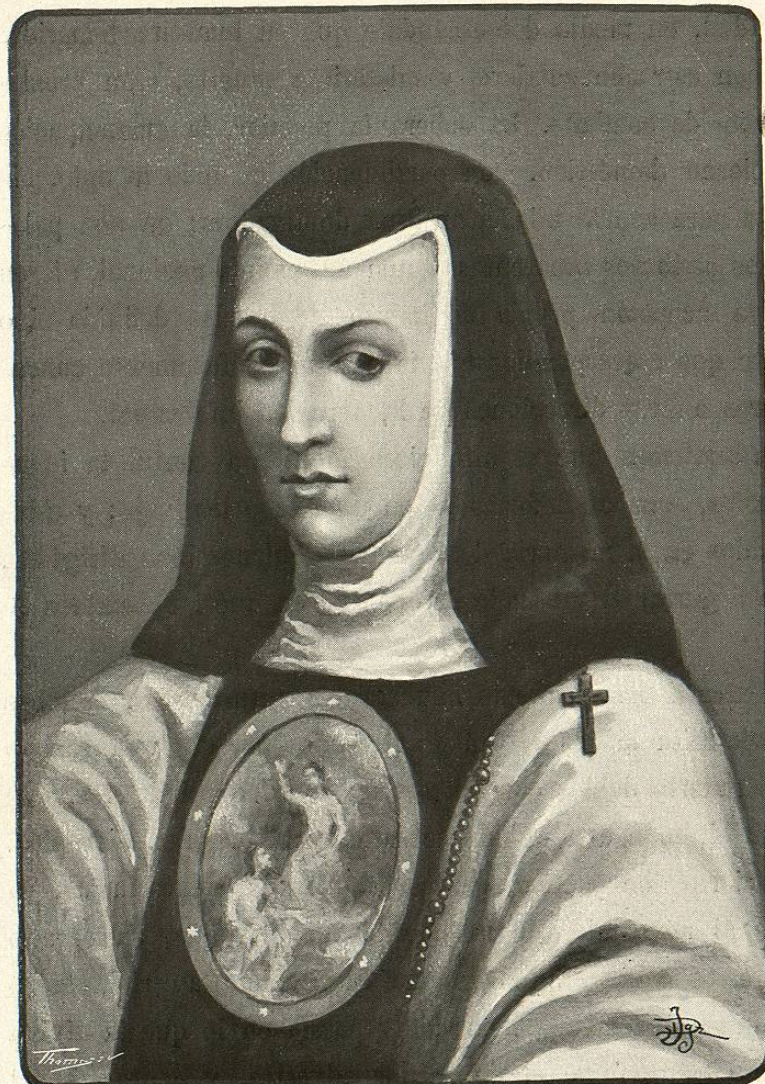
Pero estos gérmenes de literatura así esparcidos no eran susceptibles de fecundación en aquella forma difusa. El alma y sentir de los insurgentes absorbíanse en las dificultades de una guerra para ellos tan desigual, en que habían menester suplir con el valor, la abnegación y el heroísmo la deficiencia de recursos, y hacer de los fantásticos mirajes del entusiasmo esperanzas de vencimiento. Tras eso, lo demás carecía de importancia.

Las evoluciones humanas, una vez iniciadas, hallan en sí mismas alientos que parecen venir de una voluntad suprema. Tenía la insurrección necesidad de un medio de propaganda de sus ideas, y aun oreaba la sangre de Hidalgo, de Allende, de Aldama y de Jiménez en los patibulos de Chihuahua, cuando ya el doctor Cos lograba dotar de una imprenta (1) á la *Suprema Junta Nacional Americana*, de Zitácuaro, poderosa catapulta que iba á aventar en todas direcciones el pensamiento de la rebelión emancipadora. Fué glorioso fruto de esta adquisición *El Ilustrador Americano*, revista semanal, que, erigida en cátedra de

(1) A la perseverante labor de este insigne patriota debió la insurrección la primera imprenta, cuyos caracteres, hasta formar cinco pliegos, talló de su propia mano.

popular doctrina, difundió las primeras nociones del derecho público y de los principios de la civilización moderna, llevando á todas las conciencias la justificación del levantamiento colonial. Fué el alma del *Ilustrador* el joven abogado yucateco D. Andrés Quintana Roo, quien, tras de ceñir la corona de encino de gran patriota, alcanzó á ganar el triple lauro de publicista, juriconsulto y poeta, contando por sus dignos colaboradores al mismo D. Ignacio López Rayón, presidente de aquella Junta, y al propio Dr. D. José María Cos.

La Constitución de Cádiz aportó á la Colonia la novedad de las libertades públicas por ella garantidas, que si bien escatimadas aquí por los dueños del poder y de la influencia, pudo al arrimo de ellas otro patriota, D. José Joaquín Fernández Lizardi, fundar *El Pensador Mexicano*, publicación en la que el audaz periodista, sorteando los riesgos de la suspicacia é intolerancia oficial, tomaba por atajos para deslizar en



Sor Juana Inés de la Cruz

sus escritos las nuevas doctrinas filosóficas y políticas, y las más avanzadas aspiraciones de la democracia, cautela que no le salvó, por cierto, de ser dos veces conducido á los calabozos.

Las grandes guerras son generadoras de singulares movimientos literarios, fenómeno que parece explicarse por el cúmulo de hechos que dejan en pos de sí, y por la abundante copia de ideas con que impresionan fuertemente los cerebros, cuando guerras semejantes tienen por causa la necesidad de solventar principios trascendentales de vida ó modos de ser nacionales. Estas ideas y aquellos hechos solicitan la actividad intelectual de los pensadores, para ser desarrolladas ó para ser comentados.

Consumada nuestra independencia de puro hecho por la ininterrumpida serie de deslealtades del autor del Plan de Iguala, por ley de la lógica fueron desenvolviéndose ulteriores acontecimientos, virtualmente contenidos en el mero hecho de la emancipación.

No era independernos de España echar al último virrey; no era crear una nacionalidad

dar una nueva denominación geográfica á la Colonia; el viejo régimen persistiría en tanto nuevas instituciones no vinieran á hacer efectivo un cambio radical en nuestra organización política y en nuestras costumbres.

Caído el imperio iturbidista de su propia inanidad, la implantación del sistema republicano democrático comportó elementos nuevos de agitación en la vida social de los mexicanos. El periodismo, fuerza viva de las democracias, órgano palpitante de las libertades públicas, tomó, según era natural, poderoso incremento, y en él se revelaron al país, al par que las capacidades políticas, no más allá, se entiende, de la esfera especulativa, las aptitudes literarias. Hízose el periodismo campo abierto á la actividad intelectual, en todas las manifestaciones de que es susceptible, y en los periódicos se anunciaban y controvertían programas políticos, teorías de todo linaje, tesis sobre todas las materias que abarca el conocimiento humano, y en los periódicos, poetas y literatos daban á luz sus ensayos del gayo saber. De entonces á la fecha, si bien la dedicación al cultivo de las letras no haya sido por sí misma entre nosotros negocio de medras ó modo de vivir, ni poetas ni literatos tienen de qué dolerse, que durante muchos años, de la redacción de los periódicos salieron los Consejeros de Estado de nuestros gobiernos, y ha sido cosa frecuente ver

cómo una oda, una elegía ó un discurso declamados en alguna solemnidad cívica ó literaria, han alcanzado por recompensa, para sus autores, ya una silla en la magistratura, ora una curul en las cámaras, o un puesto distinguido en la burocracia. Nadie como nuestros poetas ó literatos pueden repetir, satisfechos de sí mismos, aquellos conceptos del que había de llegar á ser lord Beaconsfield: «La literatura es mi escudo de nobleza; soy un noble de la prensa.»

El Pensador Mexicano, *El Noticioso*, *El Sol* y *El Correo de la Federación* fueron los primeros periódicos en que conquistaron aplausos y fama los poetas y literatos que habían brotado al calor de las luchas por la independencia y de los partidos políticos, que quedaron definitivamente organizados durante la gestación del Pacto federal de 1824. De estos partidos, *El Sol* y *El Correo de la Federación* fueron respectivamente los reyes de armas, representando aquél las ideas conservadoras y de centralismo, y éste las liberales y federalistas.

La francmasonería no fué extraña á la fecundación de nuestra literatura; sobre que ella sirvió á dar organización á los dos partidos políticos ya enunciados, aparte de haber atenuado la violencia de las pasiones políticas por el sentimiento de fraternidad que proclamaba como su credo fundamental, en las logias se adiestraban sus miembros en el uso de la palabra, arte llamado á papel importantísimo en el funcionamiento de nuestra democracia, y en disquisiciones especulativas sobre problemas filosóficos y sociales de más ó menos trascendencia.

Tres focos de radiación literaria se formaron en la joven República mexicana, que correspondieron á las tres grandes divisiones políticas del período colonial: México, capital del virreino; Guadalajara, de la Audiencia de la Nueva Galicia (Jalisco), y Mérida, de la Capitanía general de Yucatán (1).

El primero de estos tres focos resultó principalmente formado por contingentes de los otros dos; que la vida de distracciones con que las grandes capitales convidan á los que se crían en su seno, róbales el tiempo que pudieran dedicar á profundizar estudios, salvo excepcionales vocaciones.

Los hombres de letras de fuera de la capital no alcanzaban notoriedad sino al venir á darse á conocer en ella, pues el centralismo, que por mucho tiempo ha dejado impreso el régimen colonial en todo nuestro modo de ser, el aislamiento en que por largos años se mantuvieron entre sí las varias regiones del país, carentes de vías de comunicación, y por ende, de contacto, causas fueron de que unas á otras se ignoraran recíprocamente, y se sabía más en Yucatán, por ejemplo, de cualquiera comarca europea, que de las cosas de las tierras mexicanas, allende la capital. A disipar tamaña ignorancia fué parte principal el cultivo de relaciones personales entre los representantes de los Estados, que en la capital venían á constituir las Cámaras legislativas.

Por eso mismo la producción literaria de provincia, como aun hasta ahora se la nombra, pasaba punto menos que inadvertida del resto del país, circunscrita á una circulación de campanario.

Trabajosamente, en la perenne tempestad de disturbios que desgarraban á la República, la educación literaria tomaba creces y se perfeccionaba. Vinculada la facultad docente en la Iglesia, la intolerancia de su doctrina no era óbice á que de sus propios seminarios salieran espíritus independientes, dotados de amplitud de miras, poseídos de anhelos por conocimientos más avanzados de los que en las aulas recibían, aspirando á ideales entrevistos por la intuición, acaso más bien presentidos, ó tal vez suscitados por los límites mismos que la ortodoxia imponía al saber.

Ingenio privilegiado de difusión literaria, la imprenta, los progresos de la tipografía comunicaron vigorosísimo empuje al cultivo de las letras, por donde la historia de nuestro periodismo constituye en sí un capítulo, y de los más importantes, de la de nuestra literatura.

(1) Debo á la bondad del esteta yucateco D. Manuel Sales Cepeda, y al aventajado literato jalisciense don Mariano Salado Álvarez, los datos de que habré de servirme en todo lo que se refiera á las literaturas jalisciense y yucateca. Sirva esta nota de público testimonio de mi agradecimiento á los expresados señores.